

Rutas Líricas de Córdoba

Juan Morales Rojas

**Discurso de presentación en la Real Academia de Córdoba, en prosa
y verso, leído por su autor el día 3 de Junio de 1967**

y

BREVE ANTOLOGIA POETICA

Mi agradecimiento en un

A MANERA DE PROLOGO

No hay que confundir el agradecimiento con la adulación. Esta no puede ser nunca oro de ley para quien la recibe; es una moneda falsa y aquel que la recoge, si ya era pobre, pobre se quedará. Ciertamente rinde la fortaleza de los vanidosos, pero es como una ancha puerta por donde caben todas las mentiras. Finalmente es, como dice Juan Luis Vives, un vicio vergonzoso: indecorosa para quien habla y nociva para quien escucha.

El agradecimiento, en cambio, dice Quevedo, es la memoria del corazón. Lo más importante en un hombre de bien es saber agradecer a los demás el bien que de ellos ha recibido. Que al corazón no le falle la memoria es lo importante. Y no pensemos sólo en el agradecimiento que nos deben. Intentemos pagar la parte de agradecimiento que a los demás debemos.

Este poeta que trae —caminante de todos los caminos— repletas de versos las alforjas de su ilusión, ha buscado, despreciando veredillas y atajos, el camino recto, la ancha carretera general, y así quiere mostrar, al frente de su obra, su agradecimiento a la Real Academia de Córdoba, que lo llamó a su seno el 29 de Octubre de 1966.

Agradecimiento personificado en su Director, el Ilmo. Sr. D. Rafael Castejón y Martínez de Arizala.

Y ahora, como al caminante de Rafael Alberti, se me podría decir:

**“¿Por qué me miras tan serio
carretero?...”**

**Tienes cuatro mulas tordas
y un caballo delantero.**

**Un carro con ruedas verdes
y la carretera toda**

**para tí... Carretero
¡qué más quieres!...**

I

FIESTA DE LA POESIA

Alguien debe, definitivamente, decidirse. Alguien —Real Academia o Ayuntamiento— debe decidirse a organizar a los poetas y, con ellos, la bellísima Fiesta de la Poesía en ese día crucial, dulce, espiritual y apacible que es el 23 de Mayo. El gongorino 23 de Mayo o cualquier otro día de la Primavera que, ya vencida su timidez y superados sus balbuceos, se nos muestra como una cumplida cortesana que sabe repartir sonrisas, prometer felicidades y alegrar el jirón de vida que nos ha tocado en suerte en la parcela de la Vida.

Cualquier rincón es ideal para celebrar la Fiesta de la Poesía: el patio de una taberna clásica de Córdoba, la plazuela de las Bulas, bañada en la luna de un nocturno evocador y romántico, el Patio de los Naranjos, con su eterna, primaveral sinfonía de aromas, la arqueológica mansión de los Páez o el Salón de los Mosaicos del Alcázar de los Reyes Cristianos...

Los poetas somos poco exigentes y, generalmente, bien acogidos en todas partes. La gente sabe que somos hombres esencialmente buenos, idealistas, pacíficos, liberales... En cualquier rincón que huela a azahares pueden reunirse los poetas de todas las tendencias y escuelas, unidos en un abrazo de hermandad, en la seguridad de que, sobre todos los gustos y modas imperantes del Parnaso, siempre se alzarán sobre el pavés, triunfante, la cervantina joya preciosísima “cuyo dueño no la trae cada día ni la muestra a todas las gentes, ni a cada paso, sino cuando convenga y sea razón que la muestre”. Los poetas somos instrumentos de una gran orquesta —solista si se quiere— que necesitan de una buena batuta. Solemos caminar solos, como los leones, por la selva de nuestros pen-

samientos y acaso dando la razón al Príncipe de los Ingenios, que suponía que no existe un poeta que no sea arrogante y piense de sí que es el mayor poeta del mundo.

Celebremos cada año la Fiesta de la Poesía. Revaloricémosla en cada nueva versión, dándole, si ello es posible, categoría nacional, invitando, como viene haciendo la Real Academia de Córdoba a poetas cubiertos ya de gloria que vengan a estimularnos y brindarnos el ejemplo de sus vidas laboriosas. Y los poetas que sabemos bien cuándo y cómo viene la Primavera, porque nos lo dijo el maestro desde las frías tierras de Soria, salimos a recibirla como rendidos y eternos enamorados que somos de tan delicada doncella.

No nos importa en absoluto que un selecto, pero enrevesado espíritu como el de Oscar Wilde dijera que un poeta es la menos poética de todas las criaturas y que sólo los poetas menores eran deliciosos y que el mero hecho de haber publicado un libro de sonetos de segunda mano, hace a un hombre completamente irresistible y que la mayoría de los poetas "viven la poesía que no saben escribir" y que los otros escriben "la poesía que no se atreven a realizar"... Todo eso son sutilezas, más o menos atinadas, cuyo primordial objeto es hacer gala de un ingenio brillante que, según Stendhal, debe estar siempre cinco o seis grados por encima de la temperatura mental del público, pero no más, porque entonces acabará produciendo dolor de cabeza...

Acéptesenos como realmente somos: seres privilegiados que siempre, por amor a las cosas, desorbitamos un tanto su belleza. Quizá, por supersensibilidad ante un hecho reaccionamos desorbitando el hecho mismo; pero siempre con buena fe, con ortodoxa intención de hacer la vida más amable a nuestros semejantes. El poeta siempre sigue un camino de sinceridad, de verdad. Aguila que escala cumbres o ciervo que retoza entre los riscos o lebrél que vuela por el valle...

¿Qué el poeta es un hombre fuera de la realidad con el que algunos pobres materialistas dicen que no se puede contar para ninguna empresa seria? No es cierto, por supuesto. El poeta es un hombre ponderado, lleno de equilibrio espiritual, plétórico de vida interior, con las potencias del alma bien desarrolladas, con un desmedido afán por el estudio, un gran amor por la obra maravillosa de la Creación y un constante deseo de hacer la vida más bella y más pacífica para que la disfruten así sus semejantes, sus hermanos redimidos. Si al poeta se une alguna vez el desastrado y desastroso bohemio, la culpa no es nunca de la Poesía, sino de esa vagancia que no es azul, ni alta ni eterna, sino cochambrosa y amiga de los más genuinos enemigos de todo trabajo serio. En la losa mor-

tuoria que cubre las cenizas de un poeta, puede leerse la identificación de sus afanes: "¿En que trabajaré, Señor, ahora?..."

Saludemos de buen grado, levantando en alto la copa de "bon" vino, que dijo nuestro padre Gonzalo de Berceo, a la tierna Primavera; la dulce, la amada de los poetas. Saludemos su eclosión de esperanza. Y estemos, definitivamente, bastante más unidos que el Consejo de la O. N. U., para bien de los hombres que aún miran hacia arriba...

II

LOS RECUERDOS

Estoy en desacuerdo con mucha gente que empuña la pluma como si ésta fuese un flagelo.

También lo estoy con otros que quieren, forzosamente, alimentar nuestro cerebro con sus ideas.

Y estoy también en desacuerdo con ciertas frases bellamente retóricas como una de Isle Adam que dice: "Los recuerdos son las canas del corazón". Para mí, al menos, eso no es verdad. Es sólo una frase bien construida y mejor alumbrada; más yo creo que porque un hombre recuerde, y menos si sabe recordar bien, no puede ni debe sentirse viejo; no debe permitir que el simple, elemental recuerdo se le convierta, a cada paso, en torturante nostalgia, en patológica añoranza. Dice Lecrec que el recuerdo es un veneno que se forma en nuestra alma y que va aniquilando la sensibilidad del corazón...

El poeta cree que el recuerdo es dulce, tal vez sentimental; pero ayuda a buscar en el pasado el viejo paraíso de nuestra niñez, de nuestra juventud, de la casa de nuestros padres...

Vivir en el recuerdo es, en definitiva, un bello y perfecto modo de vivir...

III

LA VIEJA CASA DE LA CALLE DE LOS JUDIOS

Caminante, no hay camino;

se hace camino al andar;

al andar se hace camino

**y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.**

A. Machado

La vieja calle de los Judíos, encogida, perezosa, retorcida, se alarga, reptando, desde la puerta de Almodóvar, donde nace, hasta la Plaza de las Bulas en que muere. Sus aceras aún conservan la huella de los míos que, durante más de cincuenta años, contribuyeron a desgastarlas.

En el número veinticuatro de la placita de Tiberiades, donde hoy duerme el bronce de la inmortalidad de Maimónides, en aquella plaza pequeña, íntima, vivía yo de niño. Por tanto he jugado al toro, como nuestro Don Luis de Góngora —y sálvese la comparación— en la plaza de las Bulas, en la “prasuela”. Entonces habían balcones llenos de macetas y enredaderas que descendían por el encalado muro hasta casi cubrir las entradas de las viejas casonas. Y bellas muchachas que ya sabían del secreto de la sonrisa juvenil a los postinerillos que, en aquellos días de los primeros años de la República, ya cursábamos en el Instituto el tercer o cuarto curso de bachillerato, es decir: ya hacíamos nuestros primeros versos; ya soñábamos en la clase de Literatura de Camacho Padilla y ya declamábamos escenas del “Don Alvaro” o de “La vida es sueño”.

Recuerdo con singular deleite mi amada y vieja casa de la calle de los Judíos. En ella viví, con mis padres, los mejores años de mi vida. Hasta que la guerra nos hizo despertar de aquel sueño. Cuando marché al frente, el telón descendía sobre mi historia. Era el final del primer acto.

Pero mi casa, mi amada y vieja casa...

I V

MI CASA

**Mi amada y vieja casa de la calle de los Judíos
dormía sobre el muro que la ciudad cerraba.
Tras ella un arroyuelo murmuraba tranquilo
bajo la dulce sombra de las higueras ásperas.**

**Yo soñaba en el muro;
a mis pies cantaba el agua...**

Yo soñaba en el muro
cuando los ruseñores despertaban al alba.
Cuando algunas palomas blancas
zureaban...

Y miraba a la sierra desde el muro
de mi amada y vieja casa.
Y mi patio tenía
una secreta columna enjalbegada.
Bajo la cal un sueño largo de siglos
en las vetas del mármol esperaba...

Hasta que un día mi padre
a la columna le lavó la cara
y al sol brillaron, en mi patio, divinos
jaspes de la Arabia...

Canarios y jilgueros
a la sombra de Agosto dormitaban...
Yo adoraba la hora de la siesta.
Yo su silencio y soledad amaba.
Mi patio y mis higueras, el muro y el arroyo
en luminosa orgía seesteaban.

Y para cantar versos
convertía mi garganta
en un laúd templado
en las jóvenes inquietudes de mi alma.
Y escuchaba el sopor de aquellos dúos
del arroyo y las chicharras
mientras bruma y calima
los lejanos cerros de Sierra Morena desdibujaban
y un romance de prisas monocordes
hacia el río, dulcemente, el arroyo entonaba...

Después gustaba de sentir en mi rostro
el calor de la tarde en el mármol de Arabia
y mis manos caricias prematuras
ensayaban,
igual que si la piedra

hubiese sido el talle de una guitarra
o la cintura mimbreña de una novia
o la acequia que esconde la frescura del agua...

Han pasado los años...

Negó en los aladares del poeta que canta
¿Dónde fueron aquellas alegrías íntimas,
aquellas alegrías plácidas
del humilde arroyuelo,
de la siesta dormida, tórrida paz lograda,
mientras besaba el muro de canela
el rojo de los tomates que mi padre sembraba...?

Quizá siga durmiendo, entre las piedras,
con mi alma de niño, un suspiro de Arabia;
una kasida bella,
una sangre de flora musulmana,
o la perenne flor, inmarchitable,
de una ilusión que se volvió nostalgia...

Mi amada y vieja casa de la calle de los Judíos.

¡Mi vieja casa siempre amada!

Esta perla que tiembla en mis pestañas...

¿Es acaso una lágrima?...

V

“NUESTRAS VIDAS SON LOS RIOS...”

El poeta que escribe, que tantas veces ha sido actor en sus años estudiantiles y aún después de ellos, no se cansa de declamar el primer acto de la comedia de su vida...

Yo he pasado interminables horas contemplando, desde lo alto de la vieja muralla de la ciudad, hoy maquillada y retocada como una vieja actriz que encubriera los destrozos de los años, ferviente en mi atalaya morisca, el amanecer de muchos veinticinco de Mayo, cuando oteaba

yo el campo de Vista Alegre, macizo de ganado en aquellas ferias de mi niñez, con su típica teoría musical y onomatopéyica de esquilas, gritos, organillos, interjecciones, coros de gitanos, juramentos, "chicuelas", de aguardiente, zumbido de látigos arreando pencos cojitrancos y el incesante ir y venir con las mil peripecias jacarandosas del "trato" cuando el hombre aún no había inyectado al tractor la fuerza del caballo.

Allí, en lo alto de la muralla, frente al panorama ondulado de la campiña cordobesa a mi izquierda y las estribaciones de la sierra a mi diestra, aprendí a conocer a Lope y a Euclides, a Calderón y a Pitágoras, a Ovidio y a Góngora. Allí me subía yo a estudiar. Sobre todo en las dulces mañanas primaverales, primeros días de Mayo, soleado y hermoso, en que ya pensábamos los muchachos, en serio, en las rigurosidades de Carandell, en la benevolencia infinita de Don Angel Baena, en las traducciones francesas de Don Siro, en los experimentos de Vázquez Aroca y en las pruebas finales del inolvidable y querido profesor Camacho Padilla (¿En qué trabajaré, Señor, ahora...?) que, en su clase de Literatura nos inculcaba "el vicio de leer y la funesta manía de pensar" (VAYAN EN ESTAS MAYUSCULAS LAS MUESTRAS RESPETUOSAS DE MI AFECTO Y AGRADECIMIENTO A LA MEMORIA DE TAN GRAN MAESTRO). Don Manuel, como cariñosamente le llamábamos todos, nos enseñó a declamar, nos aficionó al teatro, al bueno, por supuesto, no al que ahora vemos con tanta frecuencia en los escenarios españoles y si no lo vemos más es porque, decididamente, no vamos, porque nos da pena tanta perversidad y tanta estupidez escenificadas...

Recuerdo un día —acaso en el año 34— en que, por primera vez en mi vida, escuché, en la Huerta del Rey, el canto del ruiseñor. De la huerta, fresca y vaporosa a aquella hora, subía hasta mí el perfume de sus árboles frutales, de sus rosales, de su vegetación, de su flora embriagante. El arroyo, que besaba los muros seculares de mi casa, después de abastecer al barrio de la Puerta de Almodóvar en la Alcubilla, a donde acudían mujeres y muchachos —yo entre ellos— a llenar la panza de los sedientos cántaros, se deslizaba murmurando al encontrar el obstáculo de las piedras que le obligaban a salmodiar su gracioso enojo; pero él continuaba hacia el río, hacia la muerte, por el camino más corto que es el de la prisa...

Un canto, que era como la expresión de la armonía, llenó, de pronto, mis oídos y turbó mi corazón de adolescente. Aquel ruiseñor, escon-

dido entre la fronda, cantó, realmente, dentro de mi corazón. Eran mis dieciseis años. ¿Pudo nacer entonces un poeta...?

V I

ESTOS, FABIO, AY, DOLOR...

¡Qué pequeño nos parece de grandes, lo que nos parecía grande de pequeños! En qué poco espacio de terreno se ubicaba la Huerta del Rey sobre la que ahora el urbanismo municipal —que a veces ordena sobre los rígidos tallos de las flores que mueven sus cuerpos a compás con las brisas de primavera— ha trazado calles y bloques de modernas viviendas.

Cuando paso por allí me siento lleno de tristeza que ni el remozado arroyo, que ahora canta, bien encauzado, con más ímpetu que en mis días juveniles, logra disipar de mi corazón. Tras el muro retocado, aún guarda su recato mi vieja casa de la calle de los Judíos. Lo que no oiremos ya nunca es el canto de los ruiñeños encelando a las tiernas calandrias. Ellos, tan tímidos, tan dulces, no pudieron soportar el infernal ruido del modernismo y huyeron quizá a donde un día estuvieron nuestros viejos y barbudos ermitaños cordobeses que, ¡ay!, también desaparecieron para siempre de los alcores de nuestra sierra...

Hacia los finales de mi bachillerato de seis cursos, yo sentía plena y profundamente una inquietud secreta, inexplicable, ante las cosas bellas que, a veces me producía deseos de llorar. Una melodía, una puesta de sol, un pobre comiendo con hambre un pedazo de pan, el vuelo de un insecto, unos ojos bellos de mujer... Seguía agradeciendo a Dios mi casona humilde con su muro secular medio desmoronado por el abandono de aquellos munícipes de entonces. Después amé a mi gongorino barrio y, tal vez, en la inexperiencia de mi juventud, esperé de la vida más de lo que la vida puede dar realmente. Esperar una felicidad demasiado grande no es, precisamente, el mejor camino para encontrarla. Yo tuve la suerte de hallar el espíritu, el silencio y la poesía de Córdoba. Ya he dicho que era la edad dorada en que un arpegio o un trino puede arrancar una lágrima.

Yo descubrí, maravillado como tantos otros, que Córdoba era el armazón, la fábrica de mi mundo de ensueños, el esqueleto de mi poesía;

más tarde comprobé que Córdoba lo era todo: viví la poesía de sus barrios en el encanto de sus noches tranquilas; sentí la bruma poética palpitando en cada rincón, al fondo de cada calleja, en las cruces de una reja, en la clara linfa de sus fuentes, en el oro de sus vinos, en la esmeralda de su campiña, en los aromas de tomillo y jara de su sierra, en el lento discurrir de su río... ¡Córdoba en mí para siempre!

V I I

CORDOBA EN MI ALMA

**Está Córdoba en mi alma
como una estrella en su cielo;
como amapola en el trigo,
como en el poeta el verso.
Está Córdoba en mi alma
entre un perfume de incienso
y yerbaluisa y magnolias
y claveles y romero.**

**Córdoba, nube rosada
de mi ancho cielo quimérico.
De mi alto cielo de soles
y guitarras y luceros,
y arcángeles que protegen
a los guñoles del ruedo
y coros con arpas bíblicas
y cordobeses plateros
que la filigrana sueñan
entre la flor de sus dedos.**

**¡Córdoba llenando el alma!
Cielo o tierra, tierra o cielo.
¡Que te busquen en mis ojos
porque en mis ojos te tengo!
Buscadla en mi corazón
que en él, muy honda, la llevo.**

VIII

MADRIGALES

Tanto amo a mi tierra, que he logrado compartir su amor, sin celos, con las mujeres de mi vida: mi esposa y mis hijas. Mi amor se ha traducido siempre en madrigales en verso o prosa, ¿qué más da? Yo he sido siempre juglar al servicio de tan bella dama: he sido su amante, su pregonero, su cantor, su poeta. Busquen otros universalidad en su temática, amplitud en su lírica, horizontes abiertos a lejanas regiones poéticas. Yo he puesto mi fe, mi sencillez, mi ingenio al servicio de mi Idea, al servicio apasionado de Córdoba de cuya tierra nací y en cuya tierra quiero volver a ser polvo invisible. He puesto mi grano de humildad, mi germen amoroso en tan noble empresa porque lo creí siempre necesario. Ahora, en nuestros días, además de necesario lo creo imprescindible. Hay que hacer un alto en el camino a fin de que la selecta minoría del cordobesismo auténtico restaure la verdad poética y espiritual harto en precario por la estúpida procacidad del excesivo modernismo femenino como va disfrazando, desdibujando sus contornos, arriando la bandera de sus bellas singladuras pretéritas.

Los que vivimos, hablamos y escribimos por Córdoba; los idealistas que intuimos ilusionados un futuro próximo con una sociedad más noble y equitativa en todo el orbe, pidamos a la Providencia para nuestra Córdoba el loor de quienes la aman y por ella viven y por ella crean.

IX

LA SOLEDAD DE CORDOBA

**La soledad de Córdoba!... Mentira
Del que la vio, al pasar, sola y lejana.
Si lejana al dolor, de amor cercana
Como voz en las cuerdas de una lira.**

**Si suspira al cantar, de amor suspira.
Si doliente al rezar, porque es cristiana
Y aún de su suelo fervorosa mana
Sangre del mártir que cantando expira.**

Poetas y toreros en sus cantos...
 Con su cercana ascética de santos
 Para morir naciendo en el Amor.

Su mística la eleva en el anhelo
 De que aún cabalgue por su noble suelo
 Un capitán altivo y soñador.

X

SE ELEVA HASTA LAS CUMBRES

(LA SIERRA)

Se eleva hasta las cumbres desde el llano.
 Sube, desde las cumbres, hasta el cielo.
 Baja, suave, azul, de nuevo al suelo
 De ese cielo al alcance de la mano.

Vive la jara en su frescor serrano
 Y allí arrulla la tórtola su celo.
 Sede del ruiseñor que inicia el vuelo
 Hacia la gloria de su amor temprano.

Reventando de gozo y de frescura
 Brota el arroyo en la montaña dura
 Y hacia Córdoba viene murmurando...

Por caminos de estrellas va, sin prisa,
 A la ardiente ciudad la suave brisa
 De mil palmeras a la vez cantando...

XI

CAZORLA PARIO AL BETIS...

(EL RIO)

Cazorla parió al Betis que en su lento
 Aunque animoso discurrir es gala
 De una linfa que a Córdoba regala
 ¡Música de alamedas en el viento!



**Clave de sol, rumor del instrumento
Que en su rapsodia monocorde exhala
Del Arcángel Custodio bajo el ala
Ronca sonoridad de su lamento.**

**La sepultura de sus aguas muertas
Es humedad y vida en nuestras huertas.
Celoso carcelero, en la moruna
cárcel del río, su nocturno ata
El rielar melancólico de plata
De los más puros rayos de la luna...**

X I I

LA SOLEDAD DE CORDOBA

EL NOCTURNO DE CORDOBA

Para Dostoiweski es difícil juzgar la belleza porque la belleza es un enigma. Córdoba es enigmáticamente bella en la claridad plenilunar de un primaveral nocturno. Cuando parece vibrar en el espíritu de su silencio; cuando la hondura de su bella soledad nos imposibilita para comprenderla. Entonces sabemos que, para gozar de las delicias de nuestro propio corazón sólo y para amar, hay que estar espiritualmente inmerso en olor de soledad. El hombre solo, para rezar. El hombre solo, para pensar. El hombre solo, para amar la soledad. Aunque sea la soledad de dos en el amor.

La bendita soledad lo es (acaso lo era) todo en Córdoba. En la Plaza de los Dolores, símbolo de todas las soledades del espíritu — y del remedio de esas soledades— brota, fluye, emana del divino Crucificado sobre el que resbala lentamente la lluvia mansa y tupida o la rayola, perfumada de luna, en un plenilunio de claridades invernales. La soledad envuelve y eleva al éxtasis místico cuando inunda la geometría de la plaza. Y aquellos faroles mortecinos de sueño, desmadejados de silencio; aquellos faroles que siempre me parecieron como flores de remordimiento brotadas al conjuro de un fácil y cercano perdón. Aquellos hierros retorcidos entre los que parece temblar la débil luminaria del miedo, los recovecos de un alma penitente, acaso el fulgor —inexplicable allí—

de una duda. Y el sueño, convertido en centinela de silencios desde el ábside de la fronteriza geometría capuchina, hasta los pétreos ojos de Cristo desfallecidos en el ritornello de los ocho faroles...

Nada tan menudo como la hierba que brota entre las rendijas de sus losas. Ningún rincón de Córdoba, ciudad para las rutas de un turismo poético lleno de amorosa sinceridad, como este de la Plaza de los Dolores. Pero, por favor, hermano forastero, ve allí con espíritu de comprensión, con alma de silencio, pensando y procurando sobre todo que tu guía, tu acompañante de la ciudad, sepa hacerte apreciar esta soledad única de nuestro más entrañable rincón espiritual de Córdoba. Allí está la iglesia del hospital de San Jacinto y, en ella, la Virgen bienamada de los cordobeses.

Tras un largo silencio contemplativo en la Plaza, después de enfrentarnos con la Verdad y comprender el hondo significado de sus peregrinos misterios, Ella, la bienamada, es la fuente a donde hemos de saciar la sed que la romántica visita ha de despertar en nosotros. Y Ella está siempre esperando al indígena que busca consolador diálogo y al extraño a quien la avidez turística acabó llevándole a sus plantas. Y si sabemos cerrar los ojos en las trasnochadas horas del nocturno en la Plaza, acaso podamos sentir el eco de unas pisadas fuertes sobre su limpio empedrado y ver cómo Lope, o Tirso, o Calderón —capa y espada para su romántico ambiente— buscan por sus rincones jugosa inspiración para sus endecasílabos inmortales. Y si nuestra visita coincide con la noche de primavera, entre la orgía serrana de espliego, jaras y tomillos, mezclados con el cálido perfume del incienso de la capuchina iglesia, entre una aureola de damas de noche, pudiáramos ver a un clérigo cordobés, soñador y noctámbulo, que enseñó al mundo cómo los cordobeses encerraban su inspiración poética en la cárcel de los versos inigualables de sus Soledades...

Soledad y silencio en la Plaza de los Dolores de donde parece brotar la vida espiritual de la ciudad. De donde nos llega la espiritualidad que, como combustible del alma, necesitamos para levantarnos después de la caída. No se puede definir su encanto. Y allí está, detenida en el tiempo, mostrándonos, como su más valioso tesoro, aquellas flores de remordimiento brotadas al conjuro de un fácil y cercado perdón, entre los ocho faroles que, desmadejados de silencio, iluminan, piadosos, el Cuerpo de Cristo muerto...

X I V

RECTANGULAR Y ETERNA

Rectangular, eterna en las verdades.
 Manantial de la Fe que, en sus auroras,
 Devuelve la pisada de las horas
 ¡Virgenes horas de sus soledades!

Quiere llorar románticas edades
 Y de la Cruz, que entre su hierba brota,
 Nace el ejemplo de la Vida rota
 En un silencio azul de eternidades.

Aquí el alma de Córdoba, dormida
 En su indolencia y su quietud, vencida
 Entre un sopor de siglos y de historia,

A veces se sacude su pereza
 Y levanta a los Cielos la cabeza
 Para cantar el himno de su gloria.

X V

PRIMAVERA

ENTONCES SERA PRIMAVERA...

Habrá descendido sobre el valle. Las albas palomas le abrirán un blando camino de rosas sólo presentidas hasta el momento de la amorosa eclosión. Hasta el momento en que suenen dulcemente, convertidas en eco, las esquilas de las mansas ovejas que, tras lamer la flor para endulzar su lengua, se presten tiernamente al monocorde balido de la entrega, como se entrega el zángano a la muerte tras de su breve unión quimérica...

Será este día azul y dorado cuando empiece a cantar la Primavera Cuando el poeta sienta en su pecho un ansia nueva. Cuando se hayan caído de la frente cenizas y mementos de Cuaresma. Cuando piafen los potros conteniendo el ardor de su sangre nueva. Cuando el bordón en soledad se temple y la prima responda sutilezas. Cuando la novia ruegue

y cuando el novio libe savia de amor en las estrellas. Cuando el beso se escape de la boca entreabierta. Cuando zumben los insectos golosos en esta media siesta que es cómplice de infinitos anhelos de la culpable, amada Primavera. Cuando muera de amor, de amor de ausencia, una tierna mimosa por una buganvilea francesa suspirando el albor de s: crepúsculo junto a la blanca jara de la sierra...

Cuando canten calandrias prematuras llenas de Mayo azul de la floresta y respondan canoros ruiseñores y abaniquen la brisa las palmeras, entonces... Sólo entonces vendrá la Primavera.

X V I

CUATRO BARRIOS DE CORDOBA

- I ALCAZAR VIEJO
- II LA CATEDRAL (PATIO DE LOS NARANJOS)
- III PLAZA DEL POTRO
- IV SANTA MARINA

I

Quiso burlar la Muerte en son torero.
Muerte y ciprés cosieronle a su historia.
Y aún presintiendo siempre la victoria
Se quedó en pueblecillo arrabalero.

Es como el agua quieta en el estero.
Rincón de la salina de su gloria.
Es canjilón de cordobesa noria.
Aguja de ciprés le hace platero.

En el Alcázar Viejo se es poeta
Cuando en su noche azul, callada y quieta,
Se abre de su castillo la poterna.

Y con furia magnética te agarra
En un temblor ardiente de guitarra
Que sale, humilde, de cualquier taberna.

I I

Canónigos acuden diligentes...
Trémula y lenta vibra la campana...
Se vuelve tarde lo que fue mañana.
La torre arrulla vísperas dolientes.

El agua del olivo, en las rientes
Breves cascadas, cantarina mana.
Amor, herido en soltería, sana
Si buscan su frescor labios ardientes.

Duermen los siglos moros y cristianos
Su indiferencia al polvo de las manos
Que en el arte y la fe se dieron cita,

Para plasmar el sueño de un Omeya
Y convertir la piedra en la epopeya
Religiosa, inmortal de la Mezquita.

I I I

Cambistas y tahures cervantinos.
A rancho y pienso la posada huele.
Hay un potrillo enano a quien le duele
El caño de agua de sus intestinos.

Pescadores de barbos sus vecinos
Esperan siempre que de noche vuele
Esa sombra romántica que suele
De amor pintar los encendidos trinos.

Miguel y Julio, en prosa y en colores,
Inmortales harán los resplandores
Del véspero entre mirtos y cipreses;

Mientras que la pavana de su río,
Eterna serenata de su estío,
Va lamiendo los muros cordobeses...

y I V

Verónica suspensa, diestro airoso.
 Arboles que, en su fronda rumorosa
 Saben rizar la brisa cariciosa
 De un lance etéreo en un testuz furioso.

Pasodoble y guitarra en armonioso
 Concierto de palabra sentenciosa.
 Un gentil par al quiebro en la graciosa
 silueta del torero más garboso.

Y un rumor perfumado de Moriles
 Que al miedo atrapa en puerta de toriles.
 Y el fuego enciende en caprichosa pira.

Se ha eternizado en pétalos de rosa
 Una sonrisa blanca y temblorosa
 Cuando la tarde de pasión suspira.

X V I I

EL SUEÑO, EL IDEAL...

Y entre un tejer y destejer el cañamazo de los versos; entre una alegría y un dolor; entre la juventud y la madurez, siempre buscando caminos solitarios donde escuchar el trino de la inspiración, allá va el poeta de ayer y de hoy tras de su misma obra o a veces huyendo de sí mismo, sesteando en espíritu a la sombra de las viejas y ásperas higueras de su infancia o corriendo alocado, con los libros bajo el brazo, tras los primeros balbuceos del incipiente amorcillo o empuñando el fusil cuando apenas se había oscurecido su mejilla en la pasada trágica singladura de España. Abriendo siempre la puerta y la ventana de su vida al efluvio sentimental, a la alegría y a la felicidad cuando éstas se acercaron a él, siempre oportunas, procurando, como quería Tackeray, tener siempre espíritu satisfecho, corazón puro, tiernas y amantes disposiciones, humanidad y caridad, generosa estima de los otros, modesta apreciación de sí mismo.

El poeta quiere definirse en una autobiografía espiritual y sabe que está lleno, pletórico, de alegrías, pero realmente, de alegrías fugitivas. Todas las alegrías, excepto la alegría universal de una conciencia en paz, son

fugitivas. En esta ALEGRÍA de la Paz sí ha sentido el poeta la plena felicidad. Alegría auténtica y profunda es la de encontrarse, por la gracia de Dios, en ocasiones puro y, en circunstancias, bueno. El poeta siente con frecuencia que su alma es un estanque lleno de agua; la Poesía es la luz que ilumina este estanque a donde reverberan todas las fantasías, todas las ilusiones, es decir: el sueño, el ideal, la quimera. El poeta quiere, en definitiva:

CON SANTA TERESA: QUE SU ALMA NO SEA OTRA COSA SIN O
UN PARAISO A DON UNO ENCUENTRE SUS DELEITES.

CON ORTEGA Y GASSET: QUE SU ALMA ENCUENTRE TODA SU
EXPRESION EN LA PALABRA Y EN EL GESTO; PERO QUE
ADEMAS SE IMPRIMA EN SU OBRA.

y X V I I I

EL AMOR

Definitivamente es en el Amor donde se encuentra el poeta. Ciertamente es que amamos todo lo que puede y tiene que morir: el perfume de un naranjillo cuajado de blancos azahares, el vuelo de una abeja libadora, la linfa de un grato arroyo, nuestro patio y nuestros libros... Quien ama no se cambiaría jamás por nadie. Se debería amar hasta la humillación. Para el poeta, a veces, lo más amado es lo que nunca se llegó a poseer...

"Soy incorpórea, soy intangible...

¡Oh, ven, ven tu...!" (Bécquer)

Amar es sentirse inmerso en una luz de cambiantes tonos inagotables. Y es poner, con Pemán, nuestra eternidad en un capullo de rosa.

Bien podemos afirmar que quien no ha amado apasionadamente a una mujer con la que compartió media vida, perdió la otra media. Amamos los unos a los otros, dijo Jesús.

El Amor es la savia de las rosas del mundo

El Amor es la Vida con su gozar fecundo

Y eterno es el prodigio de su dominación.

Es el tímido arrullo de las canoras aves,

El divino perfume de las brisas suaves

Y el pasional latido de humano corazón.

BREVE ANTOLOGIA

I: DIEZ SONETOS

A - Siesta de Mayo

Pasa el arroyo fresco y rumoroso
 Que salmodia su amor junto a la higuera...
 Un ruiseñor cercano a su ribera
 Su pico de oro moja silencioso.

Es la siesta de Mayo... El oloroso
 Huerto oreado en dulce Primavera,
 Incertidumbre inquieta de quimera,
 Temblor de un corazón impetuoso,

Convierte en brisa de alma que suspira.
 Y en la límpida guzla que delira
 En la divina tarde en la enramada,

En cortos remolinos de arroyuelo
 Se desliza un jirón azul de cielo
 Mientras huye la linfa enamorada...

B - Verdad

De todos los caminos, la Paciencia.
 De todas las veredas, la Dulzura.
 Escalera celeste, la Amargura.
 El mejor de los jueces, la Conciencia.

El más frágil tesoro, la Existencia.
 El perfume más breve, la Hermosura.
 El más grande embustero, el que más jura.
 La absoluta Verdad, Dios que es la Ciencia.

La más firme amistad, Libro y Camino.
 La mejor melodía, la del trino.
 El más fiel aliado, la Verdad.

La más bella canción es la del viento.
 La tempestad, el más terrible acento.
 Lo más cercano a Dios, la Soledad.

C - Estudio del escultor Juan Polo

Estudio de escultor. Sueño y quimera
De oloroso ciprés. Entre las manos
Del escultor Juan Polo, los arcanos
Secretos va dejando la madera.

La gloria azul del pueblo en Primavera
Besa la piel del árbol soberano
Que dio su carne para hacer humano
A un Dios que, por nacer, la gubia espera.

Traumaturgia del arte en tus figuras.
Copiaste el resplandor en las Alturas
Y grabaste en el árbol lo que has visto.

Yo me imagino, Juan, que es la divina
Inspiración, la gubia peregrina
Que te hace convertir madera en Cristo.

D - Año Nuevo

Un año nuevo es una fecha incierta.
Una ilusión de la que no sabemos
Si el fondo de su vaso apuraremos
Ni si al final tendremos vida cierta.

Será para el Invierno cosa muerta.
Quizá su Primavera gozaremos.
Seguro que algún día lloraremos.
El Bien o el Mal nos abrirá su puerta.

Y un año, al fin, epílogo en la Vida,
Nos besará la frente dolorida,
Nos cerrará los ojos dulcemente...

Y nos hará partir con rumbo cierto:
Al cementerio nuestro cuerpo muerto...
Hacia el Creador el alma, eternamente...

E - Al Real Centro Filarmónico

Si Angeles no cantaron, escucharon
Devotos y admirados en su Altura.
Callaron arpas bíblicas en pura
Admiración por los que aquí cantaron.

Lucena, Rücker y los que crearon
La música gloriosa que perdura
Y que perfila espíritu y figura
De esta tierra inmortal que ellos amaron,

Al escuchar su música debieron
Darle gracias a Dios porque nacieron,
Para alcanzar su alta ejecutoria,
Donde sueñan canciones las palmeras
Que, mecidas por áureas placenteras
¡Cantan a Dios de Córdoba la gloria!

F - Los tres Reyes Magos

Derrama el oro que tu cofre llena
Dadivoso Melchor, sobre las gentes,
Que cada día mueren, indigentes,
De hambre espantosa, de dolor, de pena...

Dales con el incienso una fe plena.
Borra, Gaspar, las dudas de sus frentes
Porque no claven con furor los dientes
En la manzana de odio que envenena.

Y tú, rey Baltasar, de piel sufrida
Que vas dejando mirra por la Vida,
De bálsamo de amor llena tus manos
Y no lo llesves todo al que ha nacido:
¡Los niños de Bifra lo han pedido!
¡Esos niños que son nuestros hermanos!

G - Silencio en Feria

¿Dónde, amada quietud, pusiste el nido
De tu blando silencio en este días?...

**Enterrando a la pena la alegría
Se ahoga tu silencio en el ruido.**

**¿A dónde fuiste, corazón huido?...
¿En qué tupida niebla de poesía,
En qué lentisco de la serranía
Tu timidez, silencio, has escondido?**

**Huiste de los patios y las fuentes
Acariciado siempre en las rientes
Y sonoras cascadas de agua pura;**

**Pero tú, mi silencio, eres celoso
Y prefieres huir, lento y gracioso,
Mientras Córdoba grita su locura.**

**H - Soneto leído por Benjamín Barrinuevo,
ante la tumba de J. F. Kennedy**

**Bajo el peso glorioso de la Historia.
Bajo este Cielo, limpio y despejado,
El hombre joven yace sepultado
Envuelto en un sudario de Victoria.**

**Flotan sus sueños de ilusión y gloria
Que noto yo, español, aquí a su lado
Mientras vibra en mi pecho, emocionado,
El palpito real de su memoria.**

**Traigo para su tumba desde España
Rojo perfume que el rocío baña,
Mayo que se hace perla en el vergel,**

**Como una ofrenda de la Madre Hispana,
Del suelo de mi Córdoba Sultana
¡La exquisita fragancia de un clavel!**

I - Hombre en la Luna

**Saber para qué quiere, yo quisiera,
Poner los pies el hombre allá en la Luna**

**¿Busca un rincón de Paz, o busca una
Bélica planta, nueva y artillera?**

**Se empeña en enterrar la Primavera
El hombre en un infierno, donde auna
Desde la sepultura hasta la cuna,
Soberbia y humildad, vida y quimera.**

**La Ciencia que el talento humano mueve
En buena hora hasta otros mundos lleve
Su mensaje de Amor que al odio cierra**

**La puerta...; mas en sueño de conquista,
Si es con la Paz y el Bien, ponga la vista
Primero en alcanzar Paz en la Tierra.**

y J - "El pino"

**Cielo plenilunar... Vibra un aroma
Húmedo y sensual en los sentidos.
En la canción del viento, los latidos
Que nacen misteriosos de la loma.**

**El croar de una rana que se asoma
A la orilla del agua enamorada
Y la luna que duerme descansada
Sobre las nubes que por lecho toma.**

**Y hay un lago chiquito, una piscina,
El regato, el rosal y la divina
Elevación de un árbol peregrino...**

**En el arcano de su copa, presa,
Antena de la noche cordobesa,
Está la gracia y el candor de "El Pino".**

2: Romance a don Luis de Góngora y Argote

Brisa del tiempo no borra
la huella de tu pisada.
Viento de siglos las hojas
de tu recuerdo no arranca.
Siguen jugando en el aire
piruetas de tus palabras
que después se hicieron fórmulas
en la lengua castellana.
No pastor de paz bucólica;
no remero de aguas mansas;
no campo de recto surco;
no lluvia tierna que empapa.
Ciclón, tormenta, arco iris,
crepúsculo de girándula.
Rumor del Guadalquivir
en la fronda de tus páginas.
Aquella estación florida
de "Soledades" abstractas
fue, en la Misa de tus versos,
por tu expresión consagrada.
Tus "Soledades" brotaron
de tu cerebro, hechas plata;
de tu corazón, candela;
de tus manos, filigrana.
Si barroca tu cultura,
simple y popular tu alma.
Tu cerebro es arquitecto
cuando tu espíritu canta.
Agil torero que burlas
al toro de la metáfora
después de abrirle un chiquero
con cerrojos de Gramática.
Eres ancho mar que ruga
y humilde arroyo que pasa;
ruiseñor de áspera higuera
que vuela a las cumbres águila.
¿Se encuentra, acaso, tu estrofa
asistida por la gracia
lírica y santificante
de un ángel breve con arpa?....

Luis de Góngora, camino
de la belleza que habla.
Luis de Góngora, falseta
trémula de la Palabra.
Verbo encendido en la pira
de la pasión culterana.
Luis de Góngora, barquilla
donde reman los que aman.
Se abren los cielos de Córdoba
y los poetas te ensalzan:
quien no te entienda se queda
sin saber lo que es la gracia.
Luis de Góngora, camino
de los poetas que cantan.

3: Rafael de Córdoba

Es Arcángel:

Coronel
de la Milicia divina.
Rafael.
Medicina.
Medicina de sus manos
el pez
en los ojos de Tobías
que no ven...

En sus alas tiembla un pálpito dorado
que ilumina y reverbera
sobre el puente en equilibrio
del azul sobre la sierra
bajo el palio
de la noche
cordobesa...

Grácil, etéreo, sutil
es perfume del pensil.
Tiene un aire
y un donaire
de alhelí...

Planea sobre los hombros de los hombres
y terriza, en conclusión,
en la pista apasionada
del humano corazón.

Rafael.

Rafael en cualquier calle
con su talle
de clavel.

Un Arcángel que asegura,

—¡y jura!—

a los hombres de esta tierra
por Cristo Crucificado,
que desde el río a la sierra
y desde el Cielo en la Tierra
bajo brisas de salmodia,
el mismo Dios le ha encargado
de Córdoba la custodia...

Coronel

de la Milicia divina.

Medicina.

¡Rafael!...

4: Elegía de los siete toros

Van a punta de garrocha
siete toritos berrendos..

El mayoral que los guía
se ha puesto en el barboquejo
un clavel de roja sangre
y una mata de romero.

Van a punta de garrocha
hasta la plaza del Puerto..

La jaca del mayoral
tiene en la frente un lucero
y en las ancas una herida
de un torillo traicionero.

La jaca del mayoral,
fina y airosa de remos,
va cantando por serranas
a los toritos berrendos.

La noche brilla en los rostros
cetrinos de los vaqueros
y en los puñales ardientes,
afilados de los cuernos.

El camino todo es polvo.
La noche sombra y misterio.
La Luna besa los lomos
lustrosos de los berrendos.

En la mañana con sol,
la traición de los chiqueros:
pequeñas cárceles tristes
Allá en la plaza del Puerto.

El mayoral ha mordido
la flor de su barboquejo
humedeciendo sus labios
con sangre de clavel fresco.

La Luna alumbra, romántica,
los caminos polvorientos.

Mañana, por la mañana,
se comentará el encierro
y hasta un torillo valiente
dará cornadas al céfiro;
pero hay una boca amarga
y una pena sin remedio:
allá se quedó llorando
la hija del ganadero
que no buscará, piadosa,
el anillo del tormento...
De sus labios brotará
la canción del llanto tierno,

la dulce elegía campera
de los toritos berrendos:

¡Ay, de mis siete toritos
que van a morir al Puerto,
entre una jaca, un clavel
y una mata de romero...

5: Hombre de pueblo en paz

¿Por qué suspiras, hombre de tu pueblo
Por huir de tu paz y tu belleza?...
¿Acaso la ciudad puede ofrecerte
El concierto del viento en la alameda,
El murmurar del río entre los álamos,
La eclosión de tu campo en Primavera,
La blandura nostálgica de Otoño
Que el pueblo dora con sus hojas muertas?...

¿Acaso la ciudad con su vorágine
Donde el hombre y la Paz jamás se encuentran
Remansará siquiera los latidos
De ese corazón tuyo que se altera,
Que vibra, que galopa y al impulso
De inquieta sensación se te rebela?...

¿No sentirás, huyendo de tu alma,
La blanda paz dormida entre la siesta
Mientras zumban, golosos, los insectos
Entre el tamiz del sol en la arboleda
Y levanta sus rumbos siderales
Surcando cielos la infantil cometa
Y trota, juguétón, un asno joven
En el puro frescor de la alameda
Mientras llega de lejos, rasgueando,
—Silencio que despierta en la taberna—
Una armonía tierna de guitarra
Y una garganta que de amor se queja?...

¿Por qué suspiras, hombre de tu pueblo
Por dejar ese pueblo que es tu esencia,

Donde mezclado al polen de tus flores
 Donde junto a la brisa que refresca,
 Está el polvo sutil de tus abuelos
 Velando tu sudor, siempre a tu vera?

Tu pueblo es la Verdad, verdad desnuda
 Que se brinda al trabajo de tu diestra.
 Pon tu amor y tu fe y pon tu esfuerzo
 En el lirismo de su gracia quieta.
 Y bebe el néctar de sus noches puras,
 Y clava tu mirada en sus estrellas
 Y escucha serenatas de su río
 Y apréndete su historia en sus almenas...

El pueblo en que naciste, ese es tu norte.
 Que bogue a él tu embarcación ligera.
 Y que, tras larga vida, en arribada
 Te espere el hueco de su noble tierra.

6: Musa de toreros

La Musa
 de los toreros
 vestida de nube
 sueña..
 En la prisión del chiquero
 el toro
 espera.
 ¡Anda, torillo, a la plaza!...
 Tus pezuñas
 en la arena
 borrarán el arco iris del agua
 sobre la tierra.
 La Musa
 de los toreros,
 la guitarra
 de canela
 y un blando viento prendido del mástil
 de la bandera.
 Colorín,
 colorín de mil colores,

lindo colorín
 de seda,
 ¿qué buscas entre los cuernos del rayo
 de la dehesa?
 La Musa de los Toreros, detrás de lo eterno,
 espera...
 Lleva un cántaro
 prendido
 de sus caderas.
 ¡Es una espiga dorada entre amapolas
 bermejas!
 Ella es la sed,
 Ella es la sed de la plaza
 aunque se llame
 Rebeca.
 Ella es clavel,
 Ella es clavel y cantárida...

Adormilada o despierta
 Ella es el sol
 en los labios,
 la verónica
 suspenso
 cairelillo volandero...
 verde sonata
 de menta.

¡Qué talle tiene el torero!
 ¡Qué talle
 cuando se quiebra
 como arlequín recamado
 en el óleo
 de la feria.
 ¡Qué cairelillos al viento!
 Qué viento de sutilezas!
 Y qué pira de alabastro
 para quemar las ideas!

Quisieran hallar
 el área
 de la corona en la arena

los viejos
 banderilleros
 que airosos mariposean.
 Pero ignorantes de fórmulas
 equivocan
 el problema
 Y en vez de volar al cielo se llenan
 los pies de tierra.
 La Musa de los Toreros
 como Geología
 inmensa,
 hace volar por el aire su eclosión
 de Primavera.
 Y mientras un autogiro allá por la estratosfera
 da veróricas a un viento cargado de sombras negras,

La Musa
 de los Toreros
 evadida
 de la fiesta,
 se va a buscar...
 un remanso...
 de agua...
 y colonia...
 añeja...

7: Un largo viento

Un largo viento de caminos viene
 azulado hacia mí, loco de espacios;
 De las nubes, del sol y de las flores
 Y del heno dormido sobre el campo.
 Este viento fugaz, viento con prisa,
 Se trajo su perfume entre los brazos.
 Un viento de montañas coronadas
 Cuyo aliento bajó hasta los barrancos.
 Viento para lamer, puro y agreste,
 El salitre reseco de mis labios.
 Cuando en el manto de la lluvia envuelto
 Viene, de cumbre en cumbre, sollozando
 Y descansa en el lecho de los pinos

En un soñar de fatigados zancos.
 Cuando se vuelve niño en la alameda
 Y se mece suave entre los álamos
 Y juega en la rizada superficie
 Del lento discurrir del río abajo...
 Cuando trémulo llama en los cristales;
 Cuando acecha en la esquina agazapado;
 Cuando lleva el mensaje a las cabañas
 De que los lobos bajan hasta el llano.
 Cuando apaga la lumbre a los pastores;
 Cuando a las nubes lanza en los espacios.
 Cuando en sus manos invisibles crujen
 de la divina cólera los látigos...
 Viento de siglos que mi frente oreas:
 Tú que besaste al criminal y al santo
 Recibe mi plegaria de poeta,
 ¡Oh, viento de caminos al que amo!
 ¡Oh, viento de enramadas al que espero!
 ¡Oh, viento de montañas al que canto!
 Trae a mis labios, viejo caminante,
 El suspirar de mis antepasados
 El aliento postrero de mi madre
 ¡Y aquella brisa que besó su tránsito!

8: Los últimos poemas sin retoques,
 tal como me salieron de la pluma...

I

Dieciseis veces vino Primavera
 A perfumar claveles en tu vida
 Y tú le sonreíste agradecida
 Y supo sonreírte lisonjera.

 Y te prendió, la pérfida hechicera,
 En los engaños de su red tupida
 Y te arrancó, pequeña flor nacida,

Tu efluvio de candor. Su prisionera
 Fuiste y a cambio de una vida loca
 La Primavera te dejó en la boca

El sabor fulgurante de una estrella:
 Espiga anticipada a su verano,
 Fruta verde al alcance de la mano,
 ¡Vino que había crecido en la botella!

I I

Cógeme el limón
 que dora la brisa
 de mi corazón.
 ¡Cógemelo, amor!
 Cógeme la oliva
 del viejo olivar.
 De tu naranjillo
 dame el azahar.
 Tráeme de la playa
 la espuma
 del mar...
 ¡Cógeme el limón,
 la oliva, el azahar...!
 ¡Cógemelo todo...
 ¡porque ya se amar!

I I I

Lluvia fría
 agua parlera;
 en mis cristales
 tamborilea.
 Fuerte viento
 que sin trabajo
 árboles recios
 sacas de cuajo.
 Vida mía,
 con que fatigas
 hacia la tumba
 caminas...

I V

Cementerio de La Mancha
 cerca de la carretera.
 Blanco cementerio en la
 llanura manchega.
 Ha parido la tierra
 dos calaveras:
 Don Quijote?
 Dulcinea?
 Cementerio de La Mancha,
 Blanca luz dormida en siesta.
 Bajo las cruces de mármol
 los siglos en paz esperan.
 Mientras que la Vida pasa
 rauda...
 por la carretera,
 Dulcinea o Don Quijote,
 Don Quijote o Dulcinea...
 La Mancha, La Mancha pura
 y en ella
 confundidas y terrosas,
 cerca de la carretera,
 en un osario demócrata
 cervantinas calaveras.
 Lagartijas en sus pómulos
 y las doradas abejas
 entrando y saliendo por
 la habitación de sus cuencas.
 Blanco cementerio en la
 fría llanura manchega.